

tos que merezcan palos, todavía esos contubernios y maridajes tienen sus explicaderas, que no rezan con Zoraida. Rezarán, si quieres, con alguna que otra cuitada, que por el cebo del medro cargue con el mochuelo, porque las más se saben de coro aquel popular refrancillo: «Amor de viejo, sol de invierno», ó estotro no menos expresivo: «Viejo con amor, invierno con flor». Demás de esto, tú no has echado cuentas, como si lo viera, con la castidad de Zoraida.

—¡Su castidad! exclamó Thermaxerin con sarcasmo: con ser tu diablo, y pasarte de listo, puedo yo darte lecciones: ¿No recuerdas del sabio que dijo: no el pudor, no el decoro, no la honestidad, no el recogimiento ni el temor, sino la falta de amante, es la causa de la castidad en la mujer?

—Bien se me acuerda, contestó el diablo, esa sentencia de un cierto brahman, cultivador de los Vedas y Vedangas allá en las orillas del Ganges, que tenía por presupuesto, como nuestros santones mahometanos, medir á todas las mujeres, buenas y malas, por el sucio rasero de su malicia; pero eso no va con

las que son verdaderamente honestas, castas y pudorosas, contra las cuales no vale una higa la bula de Meca, como yo y los demás diablos, cual yo, aunque me duela el decirlo, podemos dar testimonio. Dice ese tu filósofo, que el fundamento de la castidad en la mujer es la falta de amante. ¡Pues poco garridos y gentiles que los tiene Zoraida! Y sin embargo, su honestidad y pudor, su recogimiento y recato, no han sufrido por desgracia la más ligera merma. Digote que no has echado cuentas con la huéspedada.

— ¡Que no la he echado! ¿Y cómo nó, siendo tan buena para mí? ¡Muéstrase siempre que la hablo tan suave, dulce y blanda! respondió Thermaxerin.

— Olvidas, replicó Belfegor, que los buenos miran con caridad hasta á los malos. Ellos son como el sol, que alumbra por igual á justos y pecadores. Son como el árbol frondoso, que ampara con su sombra bienhechora del fuego canicular al leñador que con impía hacha está cortando su tronco. No te forjes ilusiones, aunque te vistas, como lo hacemos nosotros para perder á las almas, del resplandor

de los ángeles, y adobes tu discurso con la elocuencia de sus labios, no has de pensar en lograr de grado á Zoraida. Veamos, pues, ahora, gavilán, tus procederés de fuerza para cazar por la mala á esa garza de los cielos.

—Hay en lo más abrupto de este bosque, dijo Thermaxerin, un vetusto alcázar, sobre el cual cuentan despeluznantes consejas la gente de esta tierra.

—Lo conozco, dijo Belfegor.

—Pues bien, continuó Thermaxerin, mañana, cuando la corte salga de caza, podré arrebatár á Zoraida y llevarla con Cholpamallaga al alcázar misterioso, donde, libre de Abulhasan, único galán por quien muestra inclinación la princesa, me consagraré día y noche á agasajarla y servirla, y, no hay dudar, á la corta ó á la larga concluiré por cautivar su afecto. Ya sabes que en donde no hay arbolado hasta el humilde tomillo se da aires de sicomoro. Véame solo con ella y luego me lo dirás. ¿No se te acuerda lo de Lot con sus hijas? ¡Y poco juncales y variles que eran! Pues con serlo, creyendo fenecido el humano linaje, apechugaron las cuitadas con su averiado pellejo.

—Desvaimientos y chocheces son esas tus ilusiones, dijo Belfegor. Por otra parte la soledad y aislamiento del mundo, que tu te prometes, no los veo yo con tus ojos. ¿Por ventura no piensas que el rey D. Juan removerá cielos y tierra hasta dar con la princesa?

—Cierto, contestó Thermaxerin; pero tan excusado es y temeroso aquel sitio, que, cansada de exploraciones sin fruto, concluiría la gente por creer á puño cerrado que habríamos sido presa de las fieras del bosque ó que alguna sima nos había tragado.

—Ahora hablas en razón, dijo Belfegor, dando saltos en su asiento.

—Lo que me trae en turbaciones, continuó Thermaxerin, es como hé de quedar solo con Cholpamalaga y Zoraida. Yo puedo clavar en el suelo en un abrir y cerrar de ojos los cascos de los palafrenes y hacaneas en que cabalgan damas y caballeros; cubrir el cielo de negros nubarrones y hacer que, chocando los unos con los otros, estallen en furiosa tormenta; eclipsar el sol, rebozando en sombras á toda la comitiva en términos que nadie se vea los dedos de las manos, yo...

—Basta, interrumpió Belfegor, cortando el hilo del discurso del mágico. Todos esos procedimientos tienen sus quiebras. Conque cualquiera sacara á relucir un crucifijo ó un escapulario, eras hombre al agua. Escucha un medio naturalísimo que se me ocurre ahora: obra de dos leguas de este alcázar, á la parte de tramontana, hay un espeso jaral, en cuyo seno hacen sus panales millares de enjambres de tabarros. Ahora bien; pintad tu y Cholpamalaga á la princesa lo deleitoso y ameno de aquel sitio é inclinad su ánimo á que insinue al rey su deseo de que la expedición de mañana se haga por aquella banda. Una vez allí, y en el momento de llegar el sol al comedio de su carrera; soltará Cholpamalaga el halcón que llevará en la mano, y al exclamar tú en alta voz para cobrarlo: ¡Huchoho, huchoho, huchoho!, yo y los diez mil espíritus de mi legión, transformados en tabarros, caeremos en espesísima nube sobre las hacaneas y palafrenes, ojeadores y monteros, haciendo tal ricia en ellos que no quedará en el sitio nadie que pueda espiar la dirección que tú tomes con la princesa y su dama, ni aun el mismo

Abulhasan, que, á lo que parece, suele ir, cuando la acompaña, cosido á la silla de su hacanea.

—¡Ajajá! exclamó Thermaxerin, frotándose con júbilo las descarnadas manos. Ese tu expediente me hincha las medidas. Por lo que á Abulhasan respecta, escucha lo que haré. Y sacando el muñeco que llevaba oculto en el seno, añadió, mostrándoselo á Belfegor: si ese fodolí me atajara el camino, pondré en sus ojos este su remedo y soplando fuertemente en él, haré vibrar los órganos que sirven á enunciar la fórmula del maleficio: acto seguido escupiré en su rostro por tres veces arreo y emborrizados en mis lapos, tú y el cerrado escuadrón de demonios, de que eres mayoral, penetrareis en el cuerpo del hijo del rey Saád, quien quedará luego al punto encantado en forma de león, que, como sabes, es la que corresponde á los reyes y príncipes que se hechizan.

—¡Bien por el muñeco y el operador! dijo Belfegor. Y hurdida y amasada de esta suerte la conjura, desplegó sus alas y desapareció por la finiestra del sobrado, donde dejó tal pestilencia á azufre, que duró por muchos días.

CAPÍTULO XXVII.

De lo que pasó á los reyes de Castilla y á su comitiva en la Majada del Puerco.

ERA bien entrada la mañana, cuando salió la corte del Alcázar del Gallo con dirección al lugar del bosque, que el diablo familiar de Thermaxerin le había indicado la víspera. Puesta en el secreto por el mágico, tal pintura hizo de él Chalpamalaga á su señora y tan astutamente se insinuó en su ánimo, que no por sí, que no le aquejaba la curiosidad, sino por dar contento á su dama, indicó al rey su deseo de visitar aquel sitio agreste, demanda á que accedió gustoso su Alteza, aunque no faltó quien le dijera que tal excursión no estaba exenta de peligros por las frecuentes cortaduras del terreno y más que todo por abundar en sus jaras millares de tabarros que eran cosa de temer. Con este aviso, ordenó el rey fueran de descubierta algunos de los criados de su casa, encargán-

doles que cada y cuando encontrasen un mal paso, le dieran inmediatamente cuenta. Por fortuna, durante el tiempo que invirtió la corte en llegar á la Majada del Puerco, que así aquel sitio se llamaba, no tuvieron las damas y caballeros, que iban con sus Altezas, más percance ni accidente que el excesivo calor que hacía. Lo más sensible del caso era que, en cuanto alcanzaba á descubrir la vista, no se divisaba un solo árbol, bajo cuya sombra pudieran guarecerse las damas, las cuales, hechas unas amapolas, para quebrar en lo posible la acción abrasadora del sol, se habían revuelto á la cabeza sus mocaderos blancos. Tan sofocante se iba haciendo el bochorno, á medida que avanzaba el tiempo, no corriendo, como no corría, un solo pelo de viento, que hasta á los halcones, que llevaban en las manos, se les veía desmadejados con las alas caídas y los picos abiertos. Bello ciertamente era aquel lugar agreste, que formaba una elevada meseta, poblada de monte bajo, desde la cual se descubrían dilatados horizontes; pero, aquel día, y en aquella hora, que por tocar el sol en su cenit derretía las pie-

dras, no podía ser más desapacible é ingrato. Sintiéndolo así el rey, y solícito de abreviar el mal rato que estaban pasando las damas, no avezadas á tales penalidades y fatigas, se disponía á tomar la vuelta del alcázar, cuando, rompiendo por los jarales, se pareció de improviso un corpulento venado, que vino á pararse un instante en firme frente del sitio en que se encontraban la reina D.ª María, Zoraida, el príncipe de Granada y el infante don Enrique.

No fué verlo más presto, que armar sus arcos y ballestas los cazadores y monteros; pero no habían hendido aun el aire las flechas y arpones, cuando dando tremendos saltos y brincos se alejó rápidamente del alcance de los tiros.

—¡Ay, y que hermoso animal! exclamó Zoraida, siguiéndole con los ojos.

—Y tan hermoso, dijo, al oirla, el príncipe Abulhasan, ¡oh mujer incomparable! que me borro el nombre que tengo, si vuelvo sin él á tu presencia! É hincando los acicates en los ijares de su fogoso alazán, y exclamando en alta voz *Bismil-lahi* (21) partió como una ex-

halación tras el venado, cuyas astas se divisaban aun en lontananza.

—¡Sí, que le echen galgos! dijo el Infante, juzgando por la delantera que llevaba al hijo del rey Saád, la imposibilidad de alcanzarlo.

Pero aunque este era el sentir de todos, el solo hecho de intentarlo abonaba la galantería de Abulhasan, la cual hubieran visto los reyes con buenos ojos en su hijo de haber sido capaz de tales finezas y rendimientos.

—Señora, dijo el rey á la princesa, luego que perdió de vista á Abulhasan, mucho ha de tardar en volver ese caballero si piensa traer consigo, que lo dudo, esa brava pieza. Es ya la hora del medio día, y como el sol aprieta á rabiarse, satisfecho que ha sido el deseo de vuestra Alteza de visitar estos lugares, creo prudente regresar al alcázar.

Zoraida, que no deseaba otra cosa, asintió gustosa al muy razonable acuerdo del rey; pero en el momento de emprender la marcha oyóse la voz chillona de Cholpamalaga, que decía: ¡Ay de mi sacre, ay de mi sacre; que se me ha volado mi sacre!, tras de ella la bronca y desentonada de Thermaxerin, que,

llamando al halcón, gritaba: ¡Huchoho, huchoho, huchoho! y luego á seguida un tan grande y atronador zumbido, como hacia la tupida breña que tenían á las espaldas, que hizo volver á todos instintivamente la cara. ¡Cuál sería el terror de los reyes y de su séquito, cuando vieron venir y caer sobre ellos y sus cabalgaduras, como preñada nube de langostas, tal cerrazón de tabarros que obscurecía el aire! ¡La ricia fué espantosa! Como tomados de vértigo, los palafrenes y hacaneas, arreados por los fieros y enconados rejos de los tabarros, salieron disparados, cual alma que lleva el diablo, en todas direcciones, sacudiendo las colas y dando cabezadas, manotazos y coces. Los clamores y alaridos de las damas pidiendo auxilio, los gritos y votos de los caballeros, que, queriendo acorrerlas, no podían gobernar sus corceles, los penetrantes aullidos de los sabuesos, lebreles y podencos, que con el rabo entre piernas huían desalados por aquellos campos de Dios y los juramentos de los ojeadores y monteros, que no se daban manos á quitarse del rostro y cuello á aquellos pegajosos animales,

formaban tal y tan dilacerante zambel, que desgarraba los oídos. Aquí cae una dama con los pies y la faldamenta por alto; allí otra de bruces con el refajo en el cogote, arañándose manos y rostro en la maleza; acá un galán lanzado como pelota de cerbatana por las orejas de su montura; acullá otro de nuca por los alcafares de su encabritado caballo. Á éste se le rompen de tanto tirar las bridas, á aquél se le queda el trotón sin jáquima, y el de más allá, rota la cincha de la silla, se escurre con ella bajo el vientre de su palafrén, que se desbarata á manotazos por verse libre del estorbo. ¡Hasta la mula rucia, que montaba el bufón Mesrúr, quiso dejarle memorias de tan infelíz jornada, disparándole, al despedirle de la albarda, tan furibundo par de coces, que si como le dió con los corvejones en el pecho, le acierta á dar de lleno con los cascos, no queda para contarlo! Día fué aquel aciago y de prueba hasta para los más expertos jinetes, pues de la lucida comitiva regia fueron contados los que salieron del todo ilesos. Á dicha buena hallábanse entre éstos sus Altezas, los Reverendos prelados

de Ávila y Burgos y algunos de los monteros, los cuales, cuidando más por su pellejo que por el ajeno, pusieron el bulto en cobro desde el primer momento, picando de soleta.

Ya fuera por haber salido de la jurisdicción de los tabarros, ó porque el Señor quiso acudir á tanta necesidad, es lo cierto que al reunirse la mayoría de los fugitivos, no más lejos de una milla del sitio de la catástrofe, todos los allí presentes se hallaban, con general asombro, sin otro mal sensible que los ropajes y tocados rotos ó descompuestos, el escorzor de las ronchas causadas por los agujones, el de los arañazos producidos por la maleza, el majamiento del cuerpo por los tumbos y caídas, y el susto consiguiente de las damas, que no les consentía echar el habla del cuerpo. Ni de un miembro roto, ni de una quebrancia, ni de un dislocamiento siquiera, con haber sido tantos los jinetes lanzados al suelo por sus cabalgaduras en su vertiginosa carrera, tuvo nadie que lamentarse. Quien salió peor librado fué el bueno de Fray Lope, cuyo cuartago no cesó en su huída de hacer saludos con el cuarto trasero, hasta dar con su

Reverencia en tierra y con tan mala fortuna que se hizo un porcino como el puño en la cabeza. Tomado que hubieron damas y caballeros un momento de respiro, se aprestaban á seguir su camino, cuando paseando la reina los amedrentados ojos por la comitiva, echó de menos á Zoraida.

—¡Dios mío! dijo sobresaltada al rey ¿qué será que no ha parecido aun la princesa?

—No tardará en llegar, señora, respondióle el rey, que no las tenía todas consigo, procurando tranquilizarla, como veis que lo vienen haciendo otras damas y caballeros.

Pero como pasara largo rato sin divisar á nadie y creciera con ello la desinquietud y sobresalto de su Alteza, ordenó el rey al Infante que, acompañado de unos cuantos gentiles hombres y monteros, volviese pies atrás en busca de Zoraida.



CAPÍTULO XXVIII.

Del encantamiento de Zoraida y del príncipe Abulhasan.

LA cual traspillada y con el corazón en la boca, seguida del mirasa y de su dama, iba corriendo por aquellos yermos y soledades sin poder refrenar á su hacanea. Por fin, y cuando rendida de cansancio estaba para caer desmayada, quiso el Señor que hiciera alto la cabalgadura. Viéndola bambolearse en la silla, echaron prestamente pie á tierra Thermaxerin y Cholpamalaga y, acudiendo en su auxilio, la apearon y condujeron á una fuente que brotaba al pie de tajada roca, vestida de musgo, cerca de la cual la hicieron tomar asiento. Calmada tras largo anhelo su agitación, dirigióse aquejada de la sed al cristalino remanso de la fuente y tomando agua en el hueco de la mano, fué poco á poco tragando algunos sorbos. Más serena con aquel refrigerio, limpióse el sudor que bañaba su her-

moso rostro y con voz dulcísima, aunque cortada aun por la fatiga, dijo á Thermaxerin:

—¡Que atroz ha sido la carrera! ¡Momentos hubo en que pensé ahogarme! ¡El corazón se me saltaba del pecho! Á durar un instante más hubiera dado en tierra sin sentido. ¡Y que por culpa mía haya ocurrido todo esto! ¡Malditos tabarros y que fiereza la suya! No parecían sus agujijones, sino almaradas tocadas en ponzoña! ¿Qué habrá sido de su Alteza la reina D.^a María? ¡Doliente y todo como estaba de sus habituales achaques, no hizo cuenta de ellos para darme compañía! Quiero volver á su lado para pedirle perdón del enojo: quiero excusar mi imprudencia con el rey. ¡El cielo haga que no les haya pasado nada malo á ellos ni á sus damas y caballeros!

—Serénate, señora, dijo con calma glacial Thermaxerin, mirándola de hito en hito, como sierpe venenosa al inocente pajarillo que trata de devorar. No te cuides de la reina, ni del rey, ni de alma viviente de su aborrecida corte, damas y caballeros. No es más lo que ellos se cuidan de tí que lo que les sugiere el apetito de tu grandeza. Ni ella, ni él, ni ellos,

ni criatura nacida en el mundo, se desviven por tí ni te aman, cual yo, tu fiel y rendido siervo. Repara, pues, en mí y no mires en ellos: en mí que, despojado de las viejas vestiduras de los años, parezco ante tí en este supremo instante con las resplandecientes galas de la juventud florida y más acabadamente hermoso que el mismo José, el amartelado amante de Zuleika (22). Mira en mí ¡oh dulce bien mío! y en este mi corazón fundido de nuevo en el crisol de tu inenarrable belleza. Los reyes de la tierra podrán aparejarte un trono mayor que el de tu padre, darte por escabel más dilatados dominios y por súbditos que te aclamen los de numerosos pueblos y naciones; pero ninguno, ni aun todos ellos juntos, pueden, cual yo, por la incontrastable fuerza de mis encantos, darte por morada el paraíso que ves, ni por manjar la ambrosía, ni por bebida el néctar de los inmortales, ni por damas las huríes del Edén, ni por servidores los genios, ni por espejo en que se mire y regale tu hermosura el blanco disco de la luna llena, ni por diadema de tu frente las luminarias del cielo.

Á medida que Thermaxerin, sin apartar los fascinadores ojos de Zoraida, decía este discurso con regocijo visible de la pérfida Cholpamalaga, interesada en la perdición de su ama, iban retratándose en sus inmóviles y dilatadas pupilas, las imágenes que forjaba la fantasía diabólica del mágico. Atónita, suspensa el alma, y mudo el labio de estupor, veía la inocente tortolilla cuanto placía á Thermaxerin que viése. Veíalo á él, con el brío y lozanía de la edad viril, en paños flotantes de escarlata; veía el paraíso de Mahoma con sus risueños y dilatados vergeles, sus árboles cargados de frutos, sus riachuelos de leche, que jamás se aceda, de miel que nunca empalaga, de vino puro y generoso, rojo como el rubí ó amarillo como el topacio, y, cual rocío de perlas sobre campo de esmeraldas, veía sus blancos pabellones, sus esbeltos kioskos, sus alcázares de bruñida plata, y dentro y fuera de sus voladas galerías á sus regocijados moradores, sentados los unos en tronos de marfil, incrustrados de piedras preciosas, recostados los otros en ricas tarimas, taraceadas de olorosas maderas, sobre almohadas de tisú y bro-

cado, tendidos los más con dulce abandono sobre el verde césped á la fresca sombra de los lotos, palmeras y tamarindos ó esparciéndose embobados sin norte ni dirección fija por los encantadores arriates, orlados de flores inmarchitas, los bosquecillos de mirto, las bóvedas de laurel, las plácidas y frondosas márgenes del cristalino Kauter ó, finalmente, surcando los aires, jinetes sobre animales alados.

Vestidos de espléndidas túnicas verdes almizcladas, veíalos á todos libar, sin jamás saciarse, en anchas copas de oro el dulcísimo néctar de la fuente Selsibel, las maravillosas aguas del Tasmin, sazonadas con alcanfor y ajenjibre, y el celestial julepe, compuesto de azúcar, zumo de limón y esencias de azahar y de rosa, que mil lindos mancebos, de juventud perpetua, incesantemente les servían con alflavias y jarros de plata. Veía inclinarse las ramas de los árboles, poblados de canoros pájaros verdes, y poner sus sabrosos frutos de toda clase y color en la boca de los que á la sombra de sus copas yacían, ahorrándoles el trabajo de alargar la mano y cojerlos. Veía á

las huríes de grandes ojos negros y labios de coral, semejantes á huevos de avestruz en el pálido tinte de sus rostros; vírgenes formadas de una sustancia más preciada y fina que la de la mujer, jamás tocadas de hombres ni de genios, discurrir alborozadas y solícitas por el jardín de delicias, haciendo mercado horro de su eterno pulcelaje, y correr tras ellas, jadeantes de lascivia, dando traspieses y tumbos, hechos unos zaques, á los bienaventurados muslimes. En resolución, con bascas y náuseas de muerte veía la cándida paloma el paraíso mahometano, trasunto acabado y perfecto de una taberna sin fin y de un burdel sin fronteras.

En vano trató la infeliz Zoraida de cerrar los ojos por no ver aquel desate de lujuria. Las artes satánicas de Thermaxerin se los mantenían abiertos. Pugnaba por hablar, y sentía paralizada su lengua; quería mover la planta para huir y no podía. Pero en cambio, abroquelado su corazón por la honestidad, no eran parte á quebrantarlo las fieras embestidas del cerrado escuadrón de impurezas, que desesperadamente lo asaltaban.

Con todo, creyéndolo Thermaxerin enmo-
llecido, acercóse resuelto á la princesa, y al-
querer rodear con el brazo su cintura y hacer
ademán de estampar un beso en su candorosa
frente, haciendo un esfuerzo supremo dió Zo-
raida un muy grande y penetrante alarido y,
roto el freno que le tenía aprisionada la len-
gua, exclamó con voz angustiada: ¡Acórreme,
Lela Marién, dulce madre mía, acórreme!

En aquel momento penetró á todo correr en
el prado, en que se hallaban, un corpulento
venado, y tras de él, jinete en su poderoso
alazán, cubierto de blanca espuma, el prínci-
pe de Granada con la lanza en el ristre. Re-
conociendo el hijo del rey Saád en el metal
de la voz á Zoraida, y comprendiendo por la
insolente actitud de Thermaxerin ser el cau-
sante de su terror, hirviendo el pecho de co-
raje, se fué derecho á él con ánimo de mar-
tarle, pero advertido de su presencia el mirasa
por los gritos de Cholpamalaga, cuando se
hallaban el uno del otro á no más distancia que
el cuerpo de un caballo, sacó instantáneamen-
te el mágico el muñeco de trapo, que traía
oculto en el seno, y pronunciando la fórmula

satánica del maleficio, escupióle tres veces al rostro, y, envueltos en sus lapos, se entraron por la boca, narices y orejas de Abulhasan, Belfegor y su legión de demonios, dejándole encantado en el acto bajo la forma de un león.

Á seguida, y sin que ablandaran su corazón de hiena los sollozos de Zoraida, que, hincada de rodillas y cruzadas las manos, seguía implorando á Lela Marien, pronunció Thermaxerin un nuevo conjuro, que dejó alelada á la princesa, en cuya diestra puso el extremo de una cadena, que acababa de anudar al cuello del león. Hecho esto, y antecogiendo á los encantados, dió á Cholpamalaga las riendas de las hacaneas, y asiendo él las de los caballos, tomó el camino del alcázar misterioso que de allí muy pocos pasos estaba.

CAPÍTULO XXIX.

Del duelo de la corte al regresar el Infante sin Zoraida y de cómo el rey D. Juan mandó caballeros en su busca.

CUANDO vino la noche y regresó el Infante con su comitiva al alcázar sin traer noticias de Zoraida, la consternación fué general. Tomó á la reina un síncope que la tuvo traspuesta cuanto media hora; lloraban las damas á lágrima viva y eran tales los ayes y lamentos de Mudasaga y Dilcoltagana que quebraban los corazones. Estaba el rey con esto tan preocupado y abatido, que á nada respondía acorde. Ganosos de levantar su ánimo, procuraban el Condestable y los grandes de la corte persuadirle que aun no era cosa de perder las esperanzas, pues de las damas y caballeros extraviados, alguno que otro acababa de regresar al alcázar. Hiciéronle ver que, aunque el bosque era dilatadísimo, podían muy bien la princesa y sus acompañan-

tes en el tiempo transcurrido haber ganado la llanura de Arévalo. Aconsejéronle finalmente, que, como quiera que fuese, la prudencia pedía, que en el momento mismo salieran con antorchas de viento, mediante no parecer la luna hasta la hora de ánimas, los gentiles hombres y monteros, que estuviesen disponibles, á recorrer el bosque en todas direcciones.

Pareció bien este consejo al rey y, poniéndolo por obra, dispuso que, partidos en cuatro taifas, tomara cada cual por uno de los puntos cardinales, encomendado respectivamente su dirección á su hijo el Infante, á Pero Carrillo, su halconero mayor, al conde de Benavente, y á D. Juan de Merlo. Demás de esto y teniendo en cuenta la indicación que se le había hecho de poder hallarse los extraviados en la campiña de Arévalo, llamó al Farfán, á quien el mundo se le vino encima, cuando, al regresar de la caza, á donde había ido bien de mañana en busca de la leona, supo la desaparición de la princesa, y le encargó que en compañía del doncel Alvar Yañez, su escudero Juan Fortún y los criados de

su casa, que le pluguiese llevar, recorriera con toda diligencia las chozas, cortijos y alquerías, aledañas al bosque por la banda de la vega, en demanda de Zoraida y que, hechas las pesquisas con buena ó mala fortuna, regresara al alcázar. Y, como en aquella hora tampoco hubiese parecido el príncipe Abulhasan, hizo venir al alguacil Abenamar, y habiendo comparecido, dióle cuenta su Alteza del acuerdo, invitándole á unirse á las cuadrillas exploradoras con los Abencerrajes. También conferenció el rey largamente con los obispos de Ávila y Burgos, á quienes comunicó sus temores, rogándoles con toda instancia, como monarca muy cristiano que era, que pidiesen al Señor le acudiese en aquella necesidad, pues, por lo que á él hacía, había interesado ya á todos los santos y santas de la corte celestial y más particularmente á los de su especial devoción.

Contestáronle sus Reverencias, poco menos conturbados que él, que, aunque lo habían ya hecho, continuarían haciéndolo con más ahinco y fervor, y viéndolo tan atragantado, procuraron confortarle con muy amorosas razo-

nes, recomendándole tuviese confianza en Dios, que no le había de faltar, y en el patrocinio de su Santísima Madre, que jamás desoye las súplicas de los que de corazón la imploran. Rogáronle también que hiciera por dominarse, pues su alteza la reina estaba tan sin consuelo, que le habían ordenado los físicos el guardar cama. Ofrecióles el rey hacerlo, así como se lo decían, y, al despedirse de ellos, suplicóle el obispo de Burgos le diera licencia para ir en compañía de los exploradores, y aunque su Alteza le expuso los peligros á que se aventuraba, fueron tales las instancias del santo prelado, cuyo entrañable afecto á Zoraida era de todos conocido, que vino al cabo á otorgársela, encargándole se agregara á la taifa capitaneada por el Infante, su hijo.

CAPÍTULO XXX.

De cómo viendo el rey que los exploradores no habían dado con Zoraida, ordenó que se registrase jara por jara el Bosque de los Mengues.

SOBRE la hora de sexta del siguiente día al de la desaparición de Zoraida, comenzaron á regresar al Alcázar del Gallo con sus cabeceras al frente, las cuadrillas que habían recorrido en su busca el Bosque de los Mengues. Estenuados y molidos de cansancio, los vestidos hechos jirones y heridos no pocos por los garranchazos de la maleza, mostraban los exploradores en sus rostros caídos y macilentos el mal éxito de sus pesquisas. Ni el más pequeño rastro ni la más ligera huella de los extraviados habían hallado en su camino. La gritería y alaridos de los ojeadores y el clamor de los cuernos y bocinas, que á cada paso habían hecho sonar los monteros, se habían consumido en el aire. Tan desgualdrajados venían algunos, que apenas si podían te-

nerse de pie. Como que no hubo torca, alfoz ó barranco de cuantos habían visto en su camino que, con exposición y riesgo de la vida, no hubieran diligentemente registrado. No menos espedos y maltrechos llegaron los Abencerrajes, trayendo atasajado sobre su mula, grandemente magullado, al bufón Mesrúr, el cual, habiéndose subido á lo copa de un alto roble para descubrir campo, quiso su infausto sino que con la pesadumbre del cuerpo se desgajara la rama en que se había puesto á horcajadas, dando en tierra tan fiero batacazo que, á no tener carne de perro y más vida que un guarduño, se queda irremisiblemente en el sitio. Los últimos que parecieron, tras de haber tomado lenguas sin fortuna en las alquerías, cortijos y cabañas del campo de Arévalo sobre el paradero de los extraviados, fueron el Farfán, Juan Fortún y el doncel Alvar Yañez. Acompañábales un pastor que conducía del ronzal una mula cargada con la hembra del león, muerta por el Farfán de un fiero golpe de mandoble al pasar por la rambla en que había matado al macho. Pero ni él venía de humor de relatar el caso ni de

recibir plácemes ni albricias, ni nadie tuvo la curiosidad de preguntárselo ni la cortesía de dárselos: tan embargado traía la desaparición de Zoraida el ánimo de todos.

La ansiedad con que aguardaba la corte el regreso de los exploradores, convirtióse en duelo mortal cuando al verlos entrar unos tras otros á ligeros intervalos por las puertas del alcázar, en cuyo zaguán estaba el rey con sus cortesanos, echaron de ver en su significativo silencio que no había para qué preguntarles por el éxito de la correría.

Interrogóles con todo su Alteza á medida que iban llegando y, en vista de sus respuestas, se retiró á su real cámara para celebrar consejo con los prelados, el Condestable Don Álvaro de Luna, D. Enrique de Aragón y el Marqués de Santillana.

Tan grande era la consternación de todos, que transcurrió un buen rato sin que nadie despegara los labios. El primero que los abrió fué el rey, el cual, pasando sucesivamente los angustiados ojos por el azorado rostro de sus consejeros, les dijo con voz flaca y desmayada que qué les parecía de aquello.

—Señor, contestó el venerable obispo de Ávila con semblante compungido, que encomendemos á la misericordia de Dios el alma de esos desgraciados.

—Pero cómo, replicó el rey tembloroso, ¿cree su Reverencia que la princesa ha perecido?

—Por muerta, respondió el obispo, la dan vuestros cortesanos.

—No hay que andarse de ligero, dijo á esto el prelado de Burgos, observando que el rey estaba pasando la pena negra. Que no han sido pasto de las fieras, cosa es para mí clara. Cierto que el bosque está poblado de salvajina y sus torcas de cuervos, buitres y quebrantahuesos blancos, á los cuales se les vé caer de ordinario en nutridas bandas sobre los despojos de los animales muertos y aun traponer con sus huesos, después de atracarse de guifa, á las inaccesibles crestas de la montaña; pero con todo eso, de haber tenido acabamiento tan trágico, hubieran dado, á no dudar, los exploradores con los girones de sus ropas y los arreos de sus cabalgaduras. En resolución, á mi modo de ver, ni la princesa,

ni su dama Çholpamalaga, ni el príncipe granadino, ni el mirasa Thermaxerin han sido pasto de las fieras.

—Muy puesto en razón está eso, replicó el obispo de Ávila; pero repare su Reverencia que yo no he dicho hasta ahora, si mal no recuerdo, la clase de muerte que hayan padecido esos infelices. Cierto que corre entre algunos la especie de que han sido presa de las fieras; pero los más se inclinan á que se los ha tragado una sima.

—Tampoco puede ser eso, dijo terciando en el coloquio el Condestable, pues, de haber pasado de esa suerte las cosas, las aves de rapiña, como acaece en tales casos, descendiendo de las alturas, donde moran, á la profundidad del abismo, atraídas por el hedor de los cadáveres, hubieran denunciado á los exploradores el lugar de su sepultura. Diráse acaso que hay no pocas simas, cuyas bocas, obstruídas por la maleza, impiden el acceso á las aves de rapiña. Cierto; pero, de haber caído en una de éstas, los girones del traje de la princesa y de su dama y los de su ministro Thermaxerin, que lleva ropas talares, al romper los

cuerpos por la espesura de las zarzas, hubieran quedado en sus puas.

—En un pensamiento estamos, dijo el obispo de Burgos.

—El Señor oiga á su Reverencia, replicó el prelado de Ávila; pero todavía me queda la duda de si los expedicionarios habrán explorado todas las simas y derrumbaderos del monte.

Y como hiciera mella en el concurso esta observación de su Reverencia, reparando el Condestable en que el semblante del rey, momentos antes despejado, comenzaba de nuevo á nublarse, salió al reparo diciendo: no lo creo; por que entre los exploradores ha ido S. A. el Infante con la gente que de ordinario trae á su servicio, la cual conoce de tal suerte esa intrincada selva, que no se yo haya un solo palmo en ella que no hayan hollado sus plantas.

—Bien podrá ser, dijo, moviendo la cabeza en muestras de duda, D. Enrique de Aragón; pero, al decir de los populares, nadie hasta hoy, que se sepa, la ha recorrido de un cabo al otro, ni aun los que de caso pensado toma-

ron á sus cuestras comprobar la existencia en ella de cierto misterioso alcázar sobre el cual corren aterradoras consejas.

—¿Y qué dice á eso su señoría? dijo con marcada intención Fray Lope Barrientos.

—Pues digo, que no digo nada, contestó secamente D. Enrique de Aragón con rostro y miradas graves.

—Sin que yo tome acta de lo que por ahí se susurra, por parecerme cosa fuera de tino, dijo á esto el marqués de Santillana, no debo ocultar á V. A., que no falta quien, fundado en la singular coincidencia del extravío simultáneo de Zoraida y del príncipe Abulhasan, cuelgue á este el milagro de lo que pasa. Cuando y por quien se ha echado á volar esta especie, lo ignoro; pero el caso es que ha hecho fortuna y corre como válida entre algunos caballeros de la corte.

—Entre gentes de poco seso, cierto, dijo el Condestable, pues aun cuando de todos es sabido que el hijo del rey Saád anda perdidamente enamorado de Zoraida, dada la precaria situación del reino de su padre, y lo necesitado que se halla de la ayuda de su Alteza,

menester sería tenerle por loco de atar, para suponerle capaz de tamaña felonía.

Á esta razón del Condestable asintieron todos los presentes, desde el rey hasta su confesor Fray Lope Barrientos, el cual se disponía á decir algo por su cuenta, cuando se presentó de improviso el maestresala demandando licencia á su Alteza para presentarle un correo que venía con cartas del sultán Sidi-Saád. Concedida que fué, penetró en la cámara un rozagante caballero moro, que le decían Hamete Aláisar, el cual hecha que hubo la zalema al monarca castellano y besándole el pie derecho, después de tocarla en la cabeza y llevársela á los labios, le hizo entrega de una carta de su amo, signada de su nombre, sellada con el anillo real y datada en sus reales Alcázares de la Alhambra, en que le hacía saber como había sido reintegrado en su reino, merced al valioso arrimo que le había prestado, se confesaba de nuevo por su vasallo mu-déjar y le suplicaba diera licencia al príncipe Abulhasan para regresar á su lado.

La turbación que causó al rey la lectura de la misiva, que en otras circunstancias le hu-

biera colmado de júbilo, fué extraordinaria. ¡Que contestaría al infeliz padre que reclamaba á su hijo! Mandado el legado á descansar, ordenó el rey al Condestable que diera inmediatamente órdenes á los caballeros y gentiles hombres de su casa para tornar de nuevo al bosque al romper del día y registrarlo jara por jara hasta dar con los extraviados ó adquirir la certidumbre de su muerte.

—¡Bah! dijo Fray Lope Barrientos al salir del consejo á sus compañeros los obispos de Ávila y Burgos; todo eso lo tengo por excusado. Gastar el tiempo en balde y *laus Deo*.

—¿Por qué? preguntó el obispo de Ávila.

—¿Cómo que por qué? replicó Fray Lope. Porque ni la princesa ha sido comida de las fieras, ni caído en ninguna sima, ni robada por Abulhasan. No hay que calentarse los cascos, añadió; en mi semblante y parecer la sin ventura Zoraida, por razones que él se sabrá, ha sido arrebatada por los aires y llevada á Tartaria ó al quinto infierno por obra y arte del malvado Thermaxerin, que es un muy ladino y taimado brujo, en comunicación, á no dudar, como todos los de su laya, con los demo-

nios incubos y súcubos y hasta con el cotarrio pleno de diablos grandes y chicos. Piensen de mí lo que quieran sus Reverencias; pero en mis trece me quedo, y al tiempo. ¿Recuerdan sus Reverencias aquel vaticinio mío, cuando, apenas me eché á la cara á ese mal hombre, dije que, si no marraban las señas, nos había de jugar á la postre una que fuese sonada? ¿Creen por ventura sus Reverencias, prosiguió, recalcando el discurso, que puede explicarse sin más ni más por causas naturales el caso de los tabarros? ¡Un cuerno! Aquellos no eran tabarros, sino demonios hechos y derechos; que demonios habían de ser los que sacaran de su paso ordinario á mi paciente cuartago hasta el punto de dar conmigo en tierra y causarme el atroz porcino que me trae vendada la testa. ¡Tabarros, tabarros! ¡Pues ni que hubieran sido áspides con alas! Y como los prelados de Ávila y Burgos no chistasen palabra, exclamó sentenciosamente Fray Lope, pagado de su discurso: *Silentium videtur confessio*. ¡Que me place que sus Reverencias sean de mi parecer!

CAPÍTULO XXXI.

De cómo el Farfán salió en busca de Zoraida.

CUANDO á su vuelta al alcázar supo el Farfán que no había parecido Zoraida, entróle muy gran melancolía, pero turbóse al par de muerte, cuando llegó á sus oídos el rumor de su rapto por el príncipe Abulhasan. Y como, cuando la fantasía se caldea, no hay desatino que deje de hallar abrigo en pecho enamorado, cavilando y revinando pensó el caballero Aceja que, pues alma viviente había visto cruzar á los extraviados por el campo de Arévalo, de ser el hecho cierto, por fuerza algún pastor mudéjar de los contornos, rendido al oro del príncipe granadino, debía haberlo llevado con la princesa tártara, su dama y el mirasa Thermaxerin por trochas y atajos excusados fuera de la jurisdicción de la villa y aun puestóle acaso en camino de la morisma. Con estas imaginaciones andaba el Farfán perplejo que partido tomar; pero recordando haber oído á los exploradores que

por intrincada y abrupta habían dejado de registrar cierta parte del bosque, en la que no era de presumir hubieran podido penetrar los extraviados, resolvióse á recorrerla, y requiriendo sus armas y caballo salió al campo por un postigo excusado del alcázar sin dar cuenta á nadie de su intento. Con el de aprovechar lo que restaba del día, se dió tal prisa en el andar, que no era pasada una hora, cuando penetraba el esforzado caballero en la parte no explorada del bosque. Érase con efecto en ella tan espesa la maleza, que á cada paso tenía que suspender la marcha. Salvando obstáculo tras obstáculo, mirando á diestro y siniestro, alzándose en los estribos é irguiendo la cabeza, cuando la jara le estorbaba la vista, iba el Farfán ojeando y registrándolo todo. Ora bajaba, á pique de despeñarse, á los profundos barrancos por sus ásperas laderas, cubiertas de grandes lajas; ora, echando pie á tierra, asomaba el cuerpo á las temerosas simas, que de vez en cuando en su tránsito se abrían; ora finalmente, asiéndose á las frágiles matas, que en las grietas de las torcas brotaban, trepaba á sus altas cumbres, desde

donde, atalayando el campo, dejaba ir un alarido agudo y penetrante. ¡Pero, ay Dios, que nadie respondía á su anhelante reclamo! Sorprendióle en esto la noche, hora de las grandes tristezas para las almas laceradas, y aun cuando el cansancio que sentía, demandaba imperiosamente el reposo, aguijonado por la idea, que le había hecho acometer la aventura en que se hallaba, desechó como un mal pensamiento el pasar el resto de ella arrimado á un roble y, sacando fuerzas de flaqueza, continuó resueltamente la marcha á la dudosa luz del crepúsculo con el corazón acompañado de penas. Errante y perdido por aquel confuso laberinto, que nunca tenía acabamiento; sin saber por donde andaba, ni á donde se dirigía, ni si iba para adelante ó caminaba hacia atrás, tantas eran sus vueltas y revueltas, no pasó mucho sin que, desvanecida su cabeza, comenzara á sentir vértigos y á ver los objetos á cierta distancia de muy distinta suerte de como eran. Antojábasele un mundo encantado todo cuanto divisaba. En cada risco, en cada arbusto, en cada árbol; en las agironadas y pardas nubes, que á trechos

entoldaban el cielo, se le parecían extrañas y muy singulares figuras, monstruos de toda facción y talle, amenazadores y horrendos los unos, blandos y compasivos los otros. Ya eran enanos atezados y rechonchos con anchos pies y descomunales cabezas, haciéndole muecas y contorsiones, ya formidables jayanes con troncos de pinos por mazas en amenazador gesto y talante, ya sierpes espantables de largas colas, erizadas de puas, y de aceradas garras, mostrando en sus bocas abiertas, orladas de sangre, triples hileras de agudísimos dientes; ya, finalmente, grupos de peregrinos seres de abigarrada y fea catadura, mitad hombres y mitad animales, con testas de dragones, alas de murciélago y uñas de grifo. Extremaban el horror de estas apariciones que, si se desvanecían al acercarse el Farfán á los objetos, venían á reproducirse de nuevo en los situados á distancia con inagotable variedad de formas, el canto triste y de duelo del buho y de la lechuza, el lúgubre aullido del adive y del lobo, el desapacible arruar del jabalí y el estridente y ronco gruñido del oso. Á cada paso que daba, sentía el crujir de las jaras,

sacudidas por los raposos, maimones, turones, fuinas y gatos de algaida, que huían despavoridos al acercarse, y revolotear sobre su cabeza las zozayas, los murciélagos y escrucies.

Trás largo y penoso andar, llegó el Farfán al extremo de una enorme peña tajada, á cuyo pie se habría un profundo abismo, donde se precipitaban, dando saltos y tumbos con fragoroso estruendo, las aguas de una inmensa catarata que en ancha cinta de espuma de un alto torcal caía. La situación del arriscado caballero con el abismo de frente, el alto torcal de un lado y el tajo del otro, cuya profundidad le vedaba medir la caliginosa sombra nocturna, era asaz difícil y angustiosa. Lo que más vino á extremarla, fué la estrechez de la senda en que se hallaba, la cual, so pena de caer por aquel derrumbadero, le impedía todo movimiento giratorio. En tan apurado trance asaltóle al noble caballero un como asomo de aquella natural pasión del ánimo que se llama miedo; pero sobreponiéndose su varonil energía á su momentánea flaqueza, ció con resolución el caballo y, cuando hubo retrocedido obra de diez ó doce lanzas, metióle

los acicates hasta las rodajas y partiendo á la carrera, hízole dar tan tremendo y desesperado salto al poner los pies en el borde del peñascó, que, atravesando de un vuelo el abismo, fué á caer sano y salvo en el extremo opuesto de su cortadura. Remataba en ella una pradera más larga que ancha, aunque no era dable calcular su extensión por hallarse la luna, que acababa de asomar en el cielo, velada por una parda nubecilla. En duda que hacer, si continuar, como hasta allí, á la aventura su camino ó dar respiro á sus abatidas fuerzas, resolvióse al cabo á pasar el resto de la noche en aquel lugar apacible y, echando pie á tierra, dejó en libertad á su caballo, más rendido aun que su amo de cansancio. Luego á seguida arrimóse á un salve que limitaba el prado por la parte del cierzo y haciendo lecho del blanco césped y de su escudo almohada, reclinó en él su ardorosa cabeza con ánimo de conciliar el sueño. En aquel instante, despejado el horizonte de nubes, brillaba la luna llena en el comedio del cielo, acompañada de pálidas estrellas, con todo el brillo y esplendor de su hermosura.

CAPÍTULO XXXII.

De la peregrina aventura por que vino á saber el Farfán el paradero de la princesa tártara.

No tardó el Farfán en convencerse que el procurar descanso á su atribulado espíritu era intento vano. Y eso que la serenidad de la noche, la tibia brisa que corría, saturada de los aromas campestres, el sonoro murmullo de la cercana cascada y el monótono canto de las aves nocturnas convidaban á un dulce y regalado sueño. ¡Pero cómo dormir, teniéndole atenazada el alma la idea de que su aborrecido rival pudiera estar en posesión de Zoraida! ¡Antes que tal desventura prefería el noble y generoso caballero que la hubieran devorado las fieras! Su desapoderada ambición no llegaba hasta el extremo infame de pechar con mujer violada por otro, así ciñeran sus sienes todas las coronas del mundo. Como hidalgo y bien nacido que era, estimaba más su honor que todos los encum-

bramientos y grandezas de la tierra. Si el hijo del rey Saád, se decía, ha conseguido burlarme, no ha de lograr la quieta posesión de su presa: en los antros del infierno habría de ocultarse, que allí iría yo á arrancarle la vida. Divertido en estos negros pensamientos hallábase el denodado caballero mirando tristemente al plateado disco de la luna, cuando le pareció ver venir volando hacia él como tres pájaros blancos, los cuales, dejando á modo de estrellas erráticas un reguero intenso de luz en el espacio, fueron á caer del lado allá del salve que á sus espaldas tenía.

Aquella extraña aparición sacó al Farfán de su recogimiento, y aunque dudó al pronto de sí mismo, un ligero ruido metálico, como el que producen las alas de las aves al abatirse en tierra, vino á confirmarle no ser la visión antojo de su acalorada fantasía. Para más cerciorarse, acercóse pasitamente al salve y atisbando por entre un claro de su espesura, vió un ancho y dilatado lago, semejante á un gran espejo de alhinde, en cuya superficie tersa y cristalina rielaban trémulos los rayos de la luna, y sobre la menudísima arena de su ori-

lla, inmediata al lugar en que estaba, á tres hermosas palomas, blancas como el armiño, cuyas gargantas adornaban, á modo de alhaites moriscos ó brillantes enhilados, unos tan ricos collares de finísimos carbunclos que deslumbraban la vista. Pero ¡cual sería su asombro y maravilla cuando al quitarse los collares, que dejaron en la arena, se trocaron las tres gentiles palomas en tres garridas doncellas, tan parejas en hermosura y donaire que ninguna de ellas hacía ventaja á la otra!

¿Qué séres serán estos, se dijo el Farfán, absorto en la contemplación de las damas, que así cambian de figura? ¿Ángeles del cielo, acaso, hadas, jorginas ó brujas?

En tanto que el noble caballero se hacía estas preguntas, con gran jolgorio y alborozo se entraron las tres doncellas en el lago, deslizándose ligeras como peces por sus linfas transparentes, ya cruzándolas á nado en todas direcciones, ya zambullendo en ellas sus hermosas cabezas, ya abismándose en su seno para reaparecer luego á larga distancia. Trabadas se hallaban en regocijado juego, gritando y lanzándose al rostro salpicones de lí-

quida plata con las palmas de sus lindas manos, bien ajenas de que nadie las veía, cuando, aprovechándose el Farfán de su estrepitosa algazara, se escurrió pasitamente á la rastra por el portillo del salve, y cubierto con el escudo el rostro, para no quedar deslumbrado por la intensa luz que despedían los carbunclos, llegó al sitio donde estaban y se apoderó de ellos.

No lo hizo con todo el Farfán tan de quedo que no llegaran á sentirlo las damas, las cuales, presas de terror al ver que el aparecido había echado mano á sus collares, se abalanzaron prestamente á la orilla, y sumergidas en agua hasta la cintura y esparcidos sobre los turgentes senos sus profusos cabellos, con acento dulce y lastimero y las mejillas bañadas en llanto suplicaron al Farfán se los devolviese.

—Si haré, dijo el noble caballero, tocado de la aflicción de las damas, siempre y cuando me digais quien sois, de donde venís y me acorrais en mi cuita.

—Somos, respondió, palpitante el corazón de susto, la que parecía mayor de entre ellas,

blanca como espuma de cataratas, las princesas Kah, Pah y Joh, que es como yo me llamo, hijas del gran Makeh, rey de los mengues de esta selva. Criaturas de Dios, como vosotros, fuimos formadas del éter, cual lo fué el ángel de la luz y el hombre del polvo de la tierra. De natural invisibles, solo dejamos de serlo en los plenilunios, desde el comedio de la noche, hora en que ha permitido el Señor que vengas á sorprendernos, hasta que asoma la aurora.

—Propiedad nuestra es, oh gentil caballero, tomar toda suerte de formas, así del animal como del hombre, añadió la mengue Kah, morena como las hijas de Adar y de ojos negros como la noche. Mortales como vosotros, aunque de más larga vida, nos gobernamos por leyes; cual la vuestra, así se propaga nuestra especie; comportes y fiestas tenemos, usos y costumbres y por asilo y morada los bosques poblados de helechos, las cavernas de los montes, las quiebras de los peñascos, el fondo de los abismos, los edificios campestres en ruinas y los desamparados alcázares.

—De el del rey, nuestro padre, venimos á

bañarnos en el lago, dijo la mengue Pah, rubia como las candelas. Y pues sabes quien somos y de donde venimos, dinos ahora tu cuita, que de estar el remedio en nuestra mano, hazte cuenta que lo tienes en la tuya.

—¡Grande es mi quebranto! exclamó el Farfán, exhalando un profundo suspiro.

—No hay pena ni dolor en la vida sin consuelo, cuando se comunican, dijo la mengue Joh.

—Por vuestro ser ¡oh celestiales criaturas! dijo el Farfán, debeis de saberlo todo, lo pasado, lo presente y lo futuro.

—Lo futuro, respondió la mengue Pah, solo el alto Dios lo sabe, para quien todo tiempo es presente.

—¿No caes, añadió la mengue Kah, que á tener la presciencia que tu crees, no nos veríamos ahora en el trance en que nos vemos?

—Yo os conjuro por Dios, dijo el Farfán, ¡oh princesas adorables! me digais que ha sido de una hermosa dama, que estando anteayer de caza con la corte de Castilla en esta intrincada selva, vino á perderse en ella.

¡Ah! exclamaron á la vez las mengues. Y

adelantándose á sus hermanas la llamada Joh, refirió al Farfán lo acaecido á Zoraida con el mirasa tártaro, la plática que la tuvo, su amago de hacerle fuerza, los clamores y gritos de la dama en demanda de socorro, la súbita aparición, dando caza á un corpulento venado, de un apuesto caballero moro, su encantamiento por Thermaxerin bajo la forma de un corpulento león, con todo lo demás que avino á la desolada princesa hasta el arribo al alcázar del rey Makeh.

—De todo esto, dijo la mengue Kah, testigos fuimos las tres, pues en aquella hora estábamos en la Fuente de la Torca, nombre que dan los nuestros á la que hay en aquel deleitoso paraje, donde vamos de continuo á gozar de sus frescuras.

Adarvado quedó el Farfán del relato de las mengues; mas vuelto de su estupor, les rogó con mucha instancia que se adoleciesen de él y lo pusieran en camino del alcázar de su padre para librar á la dama del cautiverio en que estaba y hacer justicia en el mágico de sus crímenes y maldades.

—Sí á fe, contestaron las mengues.

Y como, al oír tan consoladora respuesta, dejara el Farfán los collares en la arena, díjole la mengue Joh: recobrada que sea por nosotras ¡oh noble caballero! la forma en que nos viste venir, partiremos de tu lado. Luego que esto suceda, tomarás tu lanza y tu caballo, y con el escudo embrazado al pecho, caminarás al Oriente y antes de que venga el día, llegarás á nuestro alcázar.

—¡Que no marres el camino! dijo la mengue Kah.

—Date prisa en el andar, añadió la mengue Pah; pues cesando al reír del alba el encanto, que habrá de hacerte invisible, te expondrías de seguro á ser víctima del mágico.

—Ahora, dijo la mengue Joh, cúbrete con el escudo el rostro.

Hízolo así el Farfán, y saliendo las tres princesas del lago, tomaron sus collares, transformándose en palomas.

Luego á seguida alzaron el vuelo hasta la altura del escudo del Farfán, en el cual trazaron de perfil con la pluma timonera de su ala derecha las figuras de sí mismas, y poniendo en ellas con sus picos por ojos un carbunco

de su alhaite, se elevaron raudas en el espacio inmenso, dejando tras sí aquella ráfaga luminosa que tanta maravilla causó al bizarro caballero, cuando la vió por vez primera.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XXXIII.

De cómo el Farfán dió muerte á Thermaxerin.

AL trasponer las palomas de la vista del Farfán, penetraba la luna en el seno oscuro de una nube gigantesca. ¡Cual sería el asombro del noble caballero, que continuaba con la adarga embrazada al pecho, cuando, esperando verse rebozado en sombras, reparó que todo cuanto delante de él se hacía, lago, bosque, tierra y cielo, hasta los últimos confines del espacio, se hallaba tan intensamente alumbrado, como si el refulgente astro del día, sin aguardar á que lo anunciase la aurora, hubiera de súbito asomado por las puertas del Oriente! ¡Pero donde estaba el sol que no parecía? Suspenso el ánimo ante caso tan estupendo, creyó al pronto el Farfán que traía el Levante á sus espaldas y tornando el rostro, sin mudar de postura, echó de ver, para más confusión suya, que continuaban rei-

nando trás de él las tinieblas nocturnas. Con el afán de averiguar la causa de accidente tan peregrino, volvióse y revolvióse en todos sentidos y como observára que allá donde le llevaban sus pasos, allí se proyectaba la luz, antojósele que por arte é industria de las mengues había sido transformado en astro luminoso, cuyo radiante foco debía de traerlo en el centro del pecho. Con esta aprensión, llevóse resueltamente á él la mano derecha; pero como al hacerlo, tuviera su izquierda que desviar el escudo, vió sorprendido salir de él tales y tan deslumbradores rayos que, si como los percibió de canto, los llega á mirar de frente, no le quedan ojos en la cara. Despedían aquellos vivos resplandores los maravillosos carbunclos que habían incrustado las mengues, á guisa de ojos, en las imágenes de sí mismas, trazadas con las plumas de sus alas en el escudo del Farfán.

Ufano de llevar en él el disco de un sol, comprendió que podía llegar, sin ser de nadie visto, al alcázar del rey Makeh. Y poniendo en ejecución los dictados de las mengues, enderezó sus pasos al prado, requirió su lanza y su

caballo, subióse en él y embrazado el escud al pecho, emprendió animosamente la march en dirección al Oriente, precedido de los deslumbradores chorros de luz que despedían los carbunclos.

Aunque el camino, por donde iba, se hallaba interrumpido á cada paso por los accidentes del suelo, con la esperanza de libertar á la princesa tártara parecíale que andaba por ancho y bien cimentado arrecife.

De júbilo saltaba el noble caballero al considerar que estaba próximo el venturoso término de sus anhelos. Todo un mundo de risueñas é inefables ilusiones ocupaba su corazón. Figurábase haber entrado ya en posesión de Zoraida, con la cual y lucidísimo cortejo de gentiles hombres, damas y escuderos, tomaba la vuelta de Tartaria, en cuyas fronteras los esperaban los principales alguaciles del sultán Xah Roj y los reyes y príncipes, sus feudatarios, para darles la bienvenida. Veía que, despoblándose las ciudades, alquerías y aldeas, situadas en el tránsito, salían sus moradores á recibirles, afanosos de conocer y agasajar á sus futuros soberanos.

Deleitábase al contemplar la magnificencia, el lujo y el boato con que eran recibidos en Samarcanda, cobijados bajo un rico baldaquin, cuyas varas de oro eran llevadas por los príncipes de la sangre, y admirábanle las suntuosas fiestas, alegrías y públicos regocijos, celebrados para solemnizar su llegada. Venían á poner el sello á estos devaneos é imaginaciones la renuncia á la corona, por achaques de vejez, del emperador Xah Roj y su ascensión al excelso trono de los tres imperios. Pero ¡ay! de vez en cuando interrumpía el curso de estas doradas ilusiones el recuerdo fatídico del príncipe Abulhasan. Con todo, como el señalado servicio que iba á prestar á Zoraida, ligándola á él con los estrechos vínculos de la gratitud, alejaba todo temor de competencia, no cabía abrigar recelo de que el hijo del rey Saád insistiese en ella. De más de esto, con no hacer nada porque cesara su encanto, quedaba el caso resuelto. Mas en el supuesto de que, recobrando su ser natural, tuviera la arrogancia de atajarle el camino de su ventura, con quitarse el estorbo de en medio, todo estaba concluído.

Al cabo de una hora de marcha por un robledal frondoso, llegó el Farfán á los confines de la selva, penetrando en un vastísimo campo, cubierto de árboles frutales, en cuyo espeso ramaje pasaban la noche enjambres de pajarillos, los cuales, sacudiendo el sueño ante la presencia de la luz, que despedía el escudo del Farfán, comenzaron á saludar con sus armoniosos trinos y gorjeos el advenimiento del día.

Á medida que el caballero Aceja avanzaba por la vasta planicie, cuyo verde suelo se veía matizado por toda suerte de flores silvestres, iba su impaciencia en aumento, pues permitiéndole lo llano del terreno extender largamente la vista, no descubría, por más que se desojaba, el misterioso alcázar. Por fin, tras otra hora de marcha, creyó columbrar, allá á lo lejos, las torres almenadas de un vetusto castillo, cuyos gigantescos muros, heridos por la brillante luz de su escudo, parecían como si hubieran sido labrados de bruñido oro. Impaciente por salvar de un salto la distancia que de él lo separaba, picaba el Farfán de espuelas á su caballo, á tiempo que sorprendido

Thermaxerin por el resplandor que iluminó de súbito su algorfa, y maravillado de que fuera ya de día, saltaba presuroso del lecho y se asomaba á la ventana que daba al parque. Extrañándole los singulares matices y arrebolados tonos que aquella luz prestaba á los objetos, creyó al pronto que debía estar la selva ardiendo, idea que no dejó de preocuparle; porque tomando por resplandor de un incendio el causado por los carbunclos del escudo del Farcán, pensó si habría sido producido de intento por los exploradores, que había debido mandar el rey D. Juan en busca de Zoraida, con el fin de abrirse paso por la cerrada maleza. Pero luego que observó que aquellos siniestros fulgores no arrojaban de sí las cerradas columnas de humo, agironadas de llamas, que á todo incendio acompañan, desechó tal sospecha de su ánimo. ¿Qué luz, pues, era aquella que venía de Occidente? ¿Habría la naturaleza quebrantado sus eternas leyes, haciendo salir la luz por aquel lado, ó era que la ventana de su cámara, contra lo que él se creía, miraba al Oriente? En aquel instante brotó en su negra alma el recuerdo

fatídico de cierto austero yogui de la India que, allá en sus mocedades, siendo *brahmachari* de un colegio de Brahamanes, le había predicho mirase como de mal agüero el día en que el resplandor de la aurora asomara por el ocaso. Este pensamiento le hizo temblar, creyendo ser llegada su última hora. Con todo, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, resolvió, pertrechado de su larga retahila de ensalmos y maleficios, bajar á los jardines, y sin cuidarse en su turbación de cubrir su cuerpo con la marlota que de ordinario vestía, dirigióse en zaragüelles al sobrado en que se hallaba Zoraída, y tomándola por la muñeca, pasó á la cámara en que se encontraba el león, cuya cadena puso en la mano izquierda de la princesa tártara, saliéndose con ellos del alcázar para observar á campo abierto el peregrino fenómeno. Sucedió esto á tiempo de tocar el Farfán el límite divisorio del parque y de los jardines del alcázar. En el centro de ellos Thermaxerin, y llamando en su auxilio á las potestades del infierno, comenzó á conjurar la luz á grandes voces; pero aunque empleó las más tremendas y eficaces fórmulas del arte

mágico, lejos de conseguir que se la tragaran las sombras, adquirió tal fuerza é intensidad, que tuvo que volver el rostro por no quedar deslumbrado. Y era que, habiendo penetrado á la sazón el caballero Aceja en los jardines, se hallaba en aquel momento á no más de cien pasos del mirasa tártaro. Desde tan corta distancia pudo ver distintamente el Farfán al mágico, la cabeza destocada, desnudo de medio cuerpo para arriba con un cinturón de reborde que le sujetaba á las caderas sus gregüescos, el bronco cabello crespo, revueltos los mechones de su larga y poblada barba, los pies descalzos y clavadas las acaireladas uñas de sus manos en las muñecas de Zoraida. La cual, vestida de ricos paños talaes y ceñida la sien de muy vistosa guirnalda de jacintos, rubíes y zomordas, ofrecía en su mirada inmóvil y en el desencaje y palidez mortal de su rostro el vivo remedo de una estatua de mármol. Reparó también que la princesa, insensible al dolor, que en ella debían producir las aceradas garfas del mágico, tenía asido de la mano izquierda el extremo de una cadena, atada al cuello de un gigantesco león que

echado á sus pies, más que rendido de cansancio, parecía, á juzgar por sus entornados ojos, presa de mortal letargo.

Certificado el Farfán que tenía delante de sí al raptor de Zoraida, encendido el pecho en coraje, blandió su formidable lanza y partiendo á todo correr, atravesó de parte á parte el corazón del mirasa, del cual salió con tan violento empuje tal chiscate de sangre, que vino á manchar la mano y el blanco colete del noble caballero.

El desesperado grito de dolor lanzado por Cholpamalaga que desde el ajimez de su algorfa había presenciado el trágico fin de su antiguo amante, vino á confundirse con el agudísimo de Zoraida al recobrar el uso de sus sentidos y potencias. En aquel mismo punto cesó también el encantamiento del apuesto y bizarro príncipe de Granada.

Era la hora en que despuntando la luz del día por las puertas del Oriente, vino á eclipsar con sus resplandores los del escudo del Farfán. Elevados los ojos al cielo dió Zoraida gracias al Señor por su misericordia, y como hiciese ademán tras esto de doblar la rodilla

y besar las manos de su libertador, que había echado pie á tierra, acudió el Farfán á impedirlo, diciéndola con alegre semblante, que no mirase en él si no al dichoso instrumento de que se había valido la Providencia para su desencanto.

Tétrico, sombrío y sofocando en el irritado hervor de sus odios, la gratitud que debía á su afortunado rival, tomó el hijo del rey Saád la vuelta del alcázar, á donde le siguió el Farfán, llevando del brazo á la princesa tártara y á su caballo del diestro. No habían salvado aun sus umbrales, cuando se poblaron los aires de vandadas de cuervos y de buitres, los cuales, cayendo sobre el cadáver de Thermaxerin, no tardaron en devorarle.

CAPÍTULO XXXIV.

Del reto que hizo el príncipe Abulhasan al caballero Aceja.

QUIENTRAS tanto Cholpamalaga, que había reconocido en el Farfán al matador de su amante, reconveníase irritada y maldecía de su dejadez y abandono por no haberse procurado el vellón de cabrón negro castrado y el dátíl albarrano, secado en almijara, que en su postrera entrevista nocturna le recomendó el mágico al entregarle el peine de la jorgina de la Meca y nombrarla albacea de su venganza. De haberlos poseído, el Farfán, la princesa y el príncipe de Granada en aquella misma hora hubieran sido transformados en bestias. Rebuscando estaba trazas en el fondo de su negra alma de cómo vengar al mirasa, cuando sintió pasos en los corredores y adeliñando su rostro con máscara de falacia, dirigióse á la entrada de la algorfa en

ocasión de pisar sus dinteles el Farfán y Zoraida. Nadie hubiera podido notar en su reposado y tranquilo talante y en el zalamelé que les hizo con la risa en los labios, la deshecha borrasca que rugía en su pecho. Recibiólos, como si no hubiera pasado nada. Tan dueña era de sí misma y tan consumada en el arte de disfrazar los efectos, que ni mostró extrañeza al ver acompañada á su ama de aquel caballero, ni hizo semblante de haber reparado en la sangre que manchaba el costado derecho de su blanco colete y la mano que empañaba la lanza. Por lo que toca á Zoraida, tan blanda y compasiva era, que, con recordar que su dama, incansable encomiasta de las prendas de Thermaxerín, había sido coadyudadora y cómplice suya en el negocio de su encantamiento, le faltó valor para darle la triste nueva de su desastrosa muerte.

Aposentada la princesa en su alforfa, demandóle el Farfán licencia para retirarse con la promesa de tornar en breve, y acordada que le fué, dirigióse por un ancho corredor hacia la escalera que conducía al patio del alcázar, en cuyo centro había reparado al pasar una

fuelle de mármol. Era su ánimo lavarse en ella las manos y la mancha del colete. No había andado obra de veinte pasos el noble caballero, cuando se sintió dulcemente conducido á una espaciosa tarbea, cuyas puertas de alerce, taraceadas de menudas piezas de marfil y ébano, girando sobre sus goznes, le dejaron franco el acceso. Érase la cuadra espléndida, con el pavimento de jaspes aljofifados, labrada y dorada la techumbre y las paredes toldadas de alto á bajo hasta el zócalo de aliceres con paños grises y veros. A la derecha, en entrando, parecía una tarima cubierta de vistosa almocela con almadragues de terciopelo á dos colores, carmesí y morado, y sobre ellos un muy rico ropaje de caballero, entre cuyas piezas éranse de notar unos guanteletes de placas de acero, enferrados en sirgo negro, y un colete de finísima escarlata con faldas almenadas, sobre las cuales corría pegado á respunte un cinturón recamado de oro. Ocupaban el lado izquierdo doce siales de alto respaldo, y el centro un suntuoso aparador de madera de sándalo con entretallamientos de hilo de plata tirada á martillo, sobre

el cual se veían una aljofaina, un jarro de oro y una toalla de cándido lino.

Arrimado que hubo el Farfán su escudo y su lanza á un rincón de la cuadra, encaminóse al aparador, pero, como si le hubieran calado el pensamiento, un ser invisible le salió al encuentro con la aljofaina, otro vertió en ella el agua perfumada del jarro y otro, después de lavarlas, le enjugó con la toalla las manos. Seguidamente sintió que, cortándole con unas tijeras el cuerpo y mangas del colete que llevaba, le vestían el rozagante de grana que había sobre la tarima y le calzaban los guantes.

Á otro, que no hubiera sido el Farfán, le hubiera maravillado esto, pero cayendo al punto ser todo obra de las mengues, no se dió por sorprendido.

Acicalada de esta suerte su persona y celebrando interiormente su ventura, volvió ufano el noble caballero al lado de Zoraida, á quien encontró sentada sobre un diván, frontero de un intercolumnio, que, provisto de un ancho redí de setuní rojo, cancelaba la cámara en que estaban de la ocupada por Cholpamala-

ga. La cual, después de haber expiado la entrada y salida del Farfán de la tarbea en que se había lavado, al verle regresar á la de su ama, se puso en acecho tras el amplio cortinaje para escuchar lo que hablasen. Invitó Zoraida al Farfán á que tomara asiento y, luego que lo hizo, le significó el deseo de regresar sin dilación al Alcázar del Gallo, pues se hallaba impaciente por encontrarse al lado de la reina, á quien tenía sobre sí, considerando lo mucho que habría sufrido y estaría sufriendo por ella.

—Así es ello, dijo el Farfán, y tomando pie de la desinquietud de la princesa, le fué menudamente relatando cuanto había pasado desde su desaparición; el pesar del rey y de sus cortesanos, el duelo de la reina, el desatado y amargo llanto de sus damas, las diligencias practicadas en su busca, su resolución de registrar, después de haber recorrido el campo de Arévalo, aquella parte del bosque dejada de explorar por los monteros, y finalmente, su singularísima aventura con las mengues, de que quedó tan maravillada la princesa, que hubiera creído que el Farfán traía

volcado el juicio, á no recordar su reciente encantamiento.

Al llegar á este punto, Cholpamalaga, que no había perdido palabra del relato, salióse prestamente al corredor y con táticos y atentados pasos entróse en la tarbea en que había estado el Farfán, sacó de su garbín una agujeta y con su agudísima punta vació los carbunclos que traían por ojos las palomas de su escudo, los cuales, apenas cayeron en el suelo, se convirtieron en carbones. Hecho esto, volvióse de puntillas á su estancia, en la cual, no bien había puesto los pies, oyó que la llamaba su ama para hacerla saber que, habiendo resuelto regresar al Alcázar del Gallo, no se dilataría su marcha más allá del tiempo necesario para aderezar las hacaneas.

Con este propósito encaminóse el Farfán á las caballerizas; pero al atravesar la galería del patio que á ellas daba, se encontró de manos á boca con el hijo del rey Saád, el cual, cerrándole resueltamente el paso, con rostro desencajado y lívido, los ojos sombríos y el habla balbuciente, le dijo: si el senti-

miento de gratitud por el bien que acabas de hacerme, pudiera hallar cabida en mi pecho, libre te dejaría el campo de la ventura; pero henchido, como está, del odio que te tengo, no queda hueco en él que le preste abrigo. Antes que verte dueño de Zoraida, prefiero perder la vida. Y pues ambos no cabemos en el mundo, fuerza es que uno de los dos muera. Requiere, pues, tu lanza y tu caballo y apercíbete al combate, si ya no es que quieras excusarlo renunciando para siempre á Zoraida.

Al oír esta afrenta anublóse el rostro del Farfán, y mirando de pies á cabeza al hijo del rey Saád, con altivo ademán y soberano desdén, le dijo: sal sin dilación al campo que luego incontinentemente seré contigo.

Seguidamente subió el caballero Aceja á la tarbea en que había dejado su escudo y su lanza y descendiendo con ellos á las caballerizas tomó el corcel bayo de Thermaxerin por estar el suyo tan agotado de fuerzas que, por más que hizo, no pudo levantarlo.

Momentos después encontrábase el Farfán frente á frente de su mortal enemigo, el príncipe de Granada, en las afueras del alcázar.

CAPÍTULO XXXV.

Del duelo del Farfán y del hijo del rey Saád.

CRAS de haber reconocido el campo, eligieron por liza los enconados rivales la ancha explanada que se hacía al pie de la gran torre del alcázar.

Costumbre añeja era en la corte de Castilla, según las leyes que hablan de los retos y desafíos, no desemejantes á los ordenamientos en uso entre la morisma de Granada, que aun avenidos los caballeros para ventilar en pública lid sus agravios, no podían excusarse de demandar licencia al rey, á quien tocaba de juro el señalarles plazo, día, hora y lugar en que combatirse y los fieles que habían de asistir al acto, cuyo era el oficio de amojonar el campo, meter en él al retador y al retado, departirles sol y sombra, reconocer las armas, que su Alteza les hubiere designado, y ver y oír de fuera del palenque cuanto hiciesen ó

platicasen. Como profesos que eran en la orden de caballería, sabíanse de coro todo esto el príncipe y el Farfán; pero, con saberlo, ni tenía seso el uno para aplazar el duelo ni aguante el otro para darle largas. Por otra parte, como en la guerra, hasta aquella hora cortés y galana en la apariencia de aquellos caballeros, no había habido agravio ni deshonra de nadie, no podían prometerse que el rey viniera en acordarles la susodicha licencia, mayormente entendiendo ser ocasión de su querrela, la discreta, recatada y muy virtuosa hija del emperador Xah Roj, la cual, en realidad de verdad, no les había dado motivo ni pretexto que alentare sus esperanzas, dijeran lo que dijeran sus émulos.

Con todo esto no se creyó cada cual dispensado de guardar por su honor los capítulos de las ordenanzas de la caballería, referentes á las lides, cuya observancia y cumplimiento tocaba á los fieles, como el derecho que tenía el retador de acometer primero al retado, ó este á aquel en su defecto, el de no desamparar el campo voluntariamente ó por fuerza de su competidor, pena de confesarse vencido,

fuera del caso en que la salida aviniera por maldad del caballo, rienda quebrada ú otra ocasión semejante, pues entonces en su arbitrio estaba tornar á la liza como de antes, sin mengua ni menoscabo de su honra, y finalmente el que el caballo y armas del que resultare vencido, en vez de ser, según costumbre, del mayordomo del rey, quedarían por del vencedor en premio de la victoria.

Avenidos de esta suerte, y recordando el Farfán que los carbunclos de su escudo, en cuya falta no había reparado, no tenían virtud para hacerle invisible en pleno día, juró por los santos evangelios de no llevar sobre sí sortilegio ni encanto, que torcer pudiera la suerte de las armas, y como al tocar el turno al hijo del rey Sidi Saád, advirtiera que aun traía en su tahalí las nóminas y amuletos que le habían aparejado sus tias las princesas Fátima, Aja é Ixnamacot, haciendo igual juramento por el honrado Alcorán, los arrojó lejos de sí.

Diéronse también palabra ambos caballeros de combatirse leal y derechamente, de poder á poder sin proferir voto ni hacer cosa que

asombrar pudiera á sus caballos, ni usar de fullerías y malas artes asaltando á su contrario antes de apercibirse al encuentro, en el bien entendido que el que así lo hiciere se declararía *ipso facto* por malandrín, follón y mal caballero, quedando su persona á merced de su contrario para imponerle el castigo que le pluguiese. Suplido con este acuerdo la promulgación que en tales casos solía hacerse por los farautes en los cuatro ángulos de la tela para prevenir semejantes desafueros y demasías, midieron por igual el Farfán y el príncipe granadino el campo, el viento y el sol, y echadas suertes tocó al primero ocupar la banda de la improvisada liza que daba al pie de la gran torre del alcázar y la frontera al segundo.

Hallábase en esto la princesa tártara con el manto de escarlata sobre los hombros esperando que viniera el Farfán á darle aviso de estar listas las hacaneas, cuando Cholpamãlaga que había presenciado desde la baranda del corredor alto del alcázar, que caía al patio, el reto de Abulhasan y su aceptación por el caballero Aceja y vístoles seguidamente desde

la finiestra de su alforfa salir al campo con armas y caballos, entró precipitamente en la en que estaba Zoraida y con mal encubierto gozo le dió cuenta de lo que pasaba.

Al oír nueva tan alarmante abalanzóse la ilustre dama á la ventana que tenía más próxima, pero viendo que desde ella no se descubría á los caballeros, llena de angustia mortal subió en dos saltos, seguida de Cholpamallaga, al alto mirador de la gran torre del alcázar, á cuyo antepecho tocaba á canto de hallarse el Farfán y el príncipe de Granada frente el uno del otro, jinetes en sus caballos con los escudos embrazados y las lanzas en los ristres en ademán de embesirse.

En vano la atribulada señora les pidió con lágrimas en los ojos que depusieran su ira, en vano les exhortó blandamente á la paz; hasta por ver de desarmar su encono invocó la infeliz el amor que le tenían. Atorados sus oídos por el odio, ni el caballero Aceja oyó el llamamiento de la dama, ni fué más lo que percibió de él el príncipe Abulhasan.

Sordos y ciegos de furor se dieron á la par la señal de acometida. ¡El choque fué terri-

ble! Encontró el Farfán al hijo del rey Saád por el guardabrazo izquierdo en derecho del corazón, haciéndole tomar tan gran revés que le hizo bambolear en la silla y cierto hubiera dado allí fin el combate á ser de menos temple la fina coraza que llevaba el moro oculta bajo su ancho ropaje. En cambio el hierro de la lanza de Abulhasan al resbalar por el extremo superior del escudo del caballero Aceja solo causó en él un ligero rasguño.

Aquí se renovaron, aunque sin mejor fortuna, las exhortaciones y súplicas de Zoraida, la cual, penetrada de no ser oída, ó que de serlo, no querían escucharla, comenzó á dar desaforadas voces en demanda de socorro, y como nadie le contestara, juntas las manos y elevados los ojos al cielo en actitud suplicante, rogaba al Señor entre sollozos y gemidos, que se adoleciese de aquellos obcecados caballeros. Los cuales, atentos solo á consumir su exterminio, se acometieron de nuevo con ingente brío y furor, encontrando Abulhasan al caballero Aceja por el guantelete de la mano derecha y esta fué su fortuna, porque templando el furibundo golpe que le asestó éste

en el centro de su adarga bacarí, impidió que la moharra de la lanza no penetrara más allá de su reforzado cuero.

El resultado de este segundo encuentro hizo ver al hijo del rey Saád que dados el valor de su adversario, su consumada pericia en el gobierno y manejo del caballo y lanza y más que todo aquella su serenidad que tanto contrastaba con su natural impetuoso y soberbio, el resultado del duelo tenía á la postre que serle adverso. Este negro pensamiento en vez de hacer desmayar sus fuerzas inflamó más su coraje y revolviendo rápidamente su poderoso alazán, que aventajaba con mucho al bayo de su adversario en la ligereza de sus movimientos, hacia el lugar del arranque, se aprestó á la tercera embestida.

En aquel punto creyó percibir confusamente la princesa, allá á lo lejos, muy lejos sonidos como de bocinas. ¿Serían aquellos ecos vano antojo de su deseo ó venturoso anuncio de haber llegado al cielo sus plegarias?

Alentada con esta esperanza cobró ánimos la desolada dama y ensordeciendo el aire con

sus clamores, luego aplicaba el oído aguardando respuesta. Y con efecto la tuvo, pues el ronco y prolongado son de las bocinas era cada vez más claramente perceptible. Habrían llegado acaso á los que las tocaban el rumor de sus desgarradores gritos. Á no dudar, por que cada clamor suyo era instantáneamente contestados por otros muchos no lejanos. Pero el tiempo apremiaba; los caballeros estaban para arremeterse de nuevo, y de no acudir luego, muy luego á departirlos, ya sería tarde.

Oprimido el pecho de angustia, presa de mortal fatiga y enronquecida de tanto gritar llamó la princesa en su ayuda á Lela Marien. Y ¡oh prodigio! No habían acabado sus labios de pronunciar su dulcísimo nombre, cuando vió asomar en confuso tropel por la cumbre de una escueta alcudia, poco distante del lugar en que estaba, cantidad de jabalíes, ciervos y otras piezas de caza menuda que huían despavoridas á todo correr en dirección al parque del alcázar, de los perros que les iban al alcance, y tras de ellos á muchedumbre de ojeadores y monteros, entre los cuales descollaba, jinete sobre un poderoso corcel,

un caballero de marcial presencia, cuyo paso atajó la acometida de un enorme oso que atravesó instantáneamente con la espada, el cual reconocido que hubo á la princesa tártara por el timbre de la voz y en los combatientes al príncipe moro y al Farfán Aceja, partió hacia ellos ligero como el rayo, gritando á grito herido: ¡deteneos, deteneos!

Contrariada la pérfida Cholpamalaga por la inesperada aparición de aquel caballero, que no era otro que el infante D. Enrique, y considerando que de dejar pasar la ocasión no se le ofrecería otra más propicia para vengarse, sacó prestamente de su burjoleta el peine de la jorgina de la Meca y arrancándole en un parpadear todas sus puas, abalanzóse al antepecho de la torre y hecha una furia las arrojó sobre la grupera del caballo del Farfán con tal cruel y lastimoso acierto que, hiriendo al animal en los jarretes, le hizo derrengarse del cuarto trasero y descomponer de tal suerte á su jinete que dejándole al descubierto el pecho, pudo atravesarlo á mansalva con su lanza el príncipe granadino.

Cayó el Farfán de costado al suelo por los

alcáfares de su caballo, exclamando con la voz empañada por la violencia y el dolor del golpe: artero, artero, que no buen caballero! Apenas la princesa tártara, que, atenta á la contienda, no había reparado en la acción de Cholpamalaga, oyó el clamor del Farfán y le vió caer en tierra, lanzando agudísimos gritos bajó en dos saltos de la torre y ganando el campo, corrió desolada en auxilio del sin ventura caballero, cuya hermosa cabeza, tomado que hubo asiento sobre el césped, acomodó en su regazo, y aun intentó atajar con su mocadero la sangre que manaba de la herida. Impasible, silencioso y sombrío estaba el hijo del rey Saád, jinete en su alazán y con la lanza aun en la mano, presenciando aquella escena lastimosa, cuando se presentó el infante D. Enrique y en pos de él el doncel Alvar Yañez, Juan Fortún, el alférez Abenamar y otros caballeros y escuderos, moros y cristianos. El alma se les cayó á los pies al ver al Farfán en el triste estado en que se hallaba! Bastóles una ojeada para comprender lo que había pasado. Llegó en esto el obispo de Burgos con el resto de la taifa y descabalgando

de su mula, se fué derecho al herido, que con voz débil y apagada pedía confesión, y á pesar de que Juan Fortún y el físico de corte, que venía con su Alteza, le cataron la llaga y dijeron, después de hacerle la cura que, aunque mortal, aun quedaba un resto de esperanza, el prudentísimo prelado, y con él la mayoría de los circunstantes, fueron de parecer, en vista del anhelo y ansiedad del noble caballero, del frío sudor que le bañaba la frente y del desencaje de su lívido rostro, que le quedaban pocos momentos de vida.

Como no había tiempo que perder, suplicó el santo obispo á la princesa que le dejase el puesto y se retirara. Al levantarse esta, clavó el mísero caballero sus desmayados ojos con inefable expresión de gratitud en los llorosos de Zoraida y, haciendo un supremo esfuerzo, tomó con entrambas las suyas la mano derecha de la dama, en la cual estamparon un beso sus cárdenos labios.

Retirada Zoraida, que no tardó en perder el sentido en los brazos del Infante, y arredrados los caballeros, esouderos y monteros á razonable distancia, dió el Farfán comienzo á

su confesión y, apenas terminada, inclinó exánime la cabeza sobre el pecho del obispo. Después de orar brevemente y encomendarle el alma á Dios, levantóse el santo prelado y alzando los ojos al cielo, exclamó en alta voz:
Beati mortui qui in Domino moriuntur!

En aquel punto oyéronse á larga distancia, allá, como hacia el interior de las cámaras del alcázar, que daban á aquella banda, tan lastimeros ayes y gemidos y un tan doloroso, tan triste y tan sensible llorar que, por haber cesado luego, creyeron todos los presentes había sido ilusión de sus conturbados ánimos.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

CAPÍTULO XXXVI.

Del trágico fin que tuvo Cholpamalaga.

AUN no había salido del desmayo Zoraida, cuando el cuerpo del Farfán se hallaba ya en la cripta de la capilla gótica del alcázar, cuyo centro ocupaba un sepulcro de jaspes, sobre el cual se veía la estatua yacente de un monje. Retirados los monteros, que lo habían conducido á aquel sitio, quedáronse en él, con acuerdo y beneplácito de su Alteza, para velar el cadáver, el doncel Alvar Yañez y el escudero Juan Fortún. El cual, llorando, si tenía que llorar, no queriendo resignarse á que hubiera muerto su amo, no hacía más que palparle y volverle á palpar por si daba señales de vida. Loco de pena, creía el infeliz á veces haber percibido en su pulso un como tenuísimo latido. Pero la esperanza, que instantáneamente brotaba en su pecho, venía luego á desvanecerse.

Al dar orden el Infante para emprender la marcha, como echase de menos la princesa á Cholpamalaga, á quien había dejado en el mirador de la torre, cuando bajó precipitadamente de él en socorro del Farfán, subieron á buscarla á su instancia varios caballeros. Pero ¡cuál sería su sorpresa al encontrar á la dama de Zoraida, tendida en el suelo boca arriba, con la herradura de la muerte, descompuesto el vestido, orlados los labios de espuma sanguinolenta y crispadas las manos, una de las cuales oprimía la armadura de cuerno de un peine! Sospechando si podría ser presa de un síncope, acudió uno de ellos á desabrocharle el corpiño, pero con general espanto observaron todos que tenía clavada en el corazón una como almarada ó agujeta, la cual había calado tan hondo, que, á no ser por tres manchas de sangre, que se veían en torno del cabo y ¡cosa peregrina! que semejaban las figuras de perfil de tres diminutas palomas, nadie hubiera reparado en el instrumento con que se había dado la muerte.

Uno de los caballeros, que habían subido á la torre, bajó precipitadamente á poner el caso

en noticia del Infante, el cual, con consejo y parecer del obispo, dispuso que siendo, como era, pagana aquella dama, se le diera sepultura á espaldas del alcázar. Convino también con su Reverencia que, de volver á preguntar por ella la princesa, se adoptara, para no mentir, el arbitrio de decirla que quedaba atrás con cuatro monteros. Acordaron también el obispo y su Alteza que, en evitación de un choque entre los Abencerrajes y su gente, grandemente alterada por la triste suerte del Farfán, tomase el príncipe de Granada con los suyos la delantera, como en efecto lo hizo, llevando por adalides á unos criados de la casa del rey.

Con estas disposiciones se puso la comitiva en marcha, llegando á la hora de ánimas al Alcázar del Gallo, en cuyos dinteles estaban el rey, el Condestable D. Álvaro de Luna, el obispo de Ávila, Fray Lope Barrientos y muchos palacianos, damas y caballeros, entre los cuales, de vuelta aquella mañana de su viaje á Medina del Campo, se hallaba el mirasa Jamelique, en cuyos brazos se arrojó la afligida princesa hecha un mar de lágrimas y

presa de mortal congoja: conmovedora escena que enterneció é hizo llorar á todos los circunstantes y vino á repetirse cuando pasó á la cámara de la reina D.^a María, que no había salido á recibirla por continuar doliente.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XXXVII.

De cómo el hijo del rey Saád tomó la vuelta de los estados de su padre y la corte de Castilla salió para Burgos.

AL clarear de la siguiente mañana salió el príncipe Abulhasan con los suyos para Arévalo, donde, habiéndosele incorporado los Abencerrajes, que habían quedado en la villa, tomó el camino de Granada, siendo portador de la carta que el rey D. Juan había escrito al sultán Sidi Saád, en la cual le daba las albricias por su restauración en el trono, le reiteraba su amistad y le hacía saber cómo por satisfacer al infante D. Enrique, su hijo, grandemente aficionado á cabalgar á la jineta, contando con su anuencia y beneplácito, había retenido á su lado, para que le dieran la guardia, al alferez Abdallah Abenamar, entrando en ello gustoso el alguacil, su padre, y á otros cuantos de sus caballeros. El hecho de la verdad fué que, penetrados estos

generosos mancebos de las bondades y excelencias de la fe de Cristo, y en amores algunos de ellos con honestísimas damas de la corte, habían resuelto abjurar de la de Mahoma, á cuyo efecto comunicaron secretamente al rey de Castilla su deseo de quedar á su servicio, en lo cual vino muy gozoso su Alteza, no solo por traer al gremio de la Santa Iglesia Católica á aquellas almas descarriadas, sino juntamente por contar entre sus súbditos á tan esforzados caballeros.

De esta determinación de aquellos cuantos Abencerrajes, no parece que sospecharan nada los que se fueron, por ser costumbre en aquel tiempo el tener los príncipes cristianos y moros respectivamente á su servicio caballeros de Granada y de Castilla, y si por ventura recelaron algo, ni aun lugar tuvieron de contrastar sus sospechas, pues luego de regresar Abulhasan al Alcázar del Gallo, penetrado de su difícil situación y noticioso por el alguacil Abenamar de la carta que el sultán, su padre, había mandado al rey D. Juan, su primer cuidado fué pedirle licencia para regresar sin dilación á Granada, la que le fué con-

cedida en el acto por su Alteza, que grandemente contrariado por el trágico fin del Farfán, y no pudiendo disimular su enojo, no deseaba otra cosa sino perderlo para siempre de vista. Con todo esto y siendo voluntad del rey corresponder al presente que le había hecho el sultán Sidi Saád, dispuso que se le mandasen muchas cosas de paños y de sedas, amén de un caballo, una armadura blanca completa, y para la Horra, su mujer, una mula, ricamente guarnicionada, y un moscadero con vara de oro, incrustada de piedras finas.

Dos días después de la partida del príncipe de Granada, salió la corte de Castilla para Burgos.



CAPÍTULO XXXVIII.

Del muy gentil esposo que eligió al fin la princesa Zoraida.

UN mes era transcurrido desde la arribada de la corte á Burgos y durante él no hubo las fiestas, juegos y comportes con que solía celebrar el Regimiento de la ciudad la estancia en ella de sus Altezas. Y esto por mandato y orden expresa del rey á suplicación de la princesa tártara, la cual, tras sus muchas penas y sentimientos, no ansiaba otra cosa, sino es que la dejasen sola.

Retraída en su cámara sin otra compañía que la de sus damas, Mundasaga y Dilcoltagana, después de oír misa en la capilla del alcázar y tomar una ligera refacción, pasaba con ellas buena parte del día entregada á la lectura de los libros piadosos que le proporcionaban su ayo Jamelique y el santo obispo de Burgos, de quienes era cotidianamente vi-

sitada. Venida la hora del yantar, iba en persona á buscarla la reina D.^a María, con la cual, el rey, el Infante, su hijo, el Condestable D. Álvaro de Luna, los prelados, Fray Lope Barrientos y alguno que otro de los nobles de la corte, pasaba la velada. De vez en cuando daba un paseo á caballo por las afueras de la ciudad con la reina, el infante D. Enrique, sus damas y los caballeros tártaros y castellanos, adscritos á su servicio. En los domingos y fiestas de guardar placíale asistir en la catedral ó en el Monasterio de las Huelgas al oficio divino, cuya pompa y majestad la embelesaban. Fuera de esto, jamás se la veía en público, con gran pesar de sus admiradores y galanes, los cuales, horros de la competencia del sin ventura Farfán y del príncipe de Granada, alentaban más que nunca la esperanza de alcanzar su codiciada mano.

No eran los reyes los últimos en darla abrigo, pues, desde su arribo á aquella ciudad famosa, se había obrado tal transformación en el Infante, que á todos les traía admirados. Los palacianos, gente ladina y observadora de suyo, no encontraban otra razón ni motivo de

tan súbita mudanza, que la novísima inclinación que, á lo que se parecía, mostraba su Alteza por la hija del emperador Xah Roj. No era ya el Infante, á los ojos de cuantos le conocían, el amante de la obscuridad de las selvas y la frondosidad de los bosques. Excusando la compañía de los hombres incultos, torpes y oscuros, de quienes se había hasta allí rodeado, admitía con gusto á su trato y recibía con agrado á toda persona ilustre por su nacimiento ó saber. La dejadez y desidia en su arreo habían desaparecido. Sus vestidos lúgubres, sin collar ni adorno militar ni regio, que de ordinario llevaba, habían sido trocados por otros ricos, rozagantes y vistosos, lo propio que sus toscas calzas y horceguíes, su burdo capuz y usado birrete. Ni rehusaba ya el cabalgar con la pompa que pedía su alto estado, ni le desplazaba el brillo de las armas, de los arneses y de las sillas, ni el uso de cuanto contribuir pudiera á realzar su persona; antes parecía tener prurito en mostrarse ante el curso de las gentes bizarro y galán. Hasta aquel su mirar torvo y desinquieto se había dulcificado, y aun hermoseádose su